

EL POBLADO MINERO ROMANO DE RIOTINTO

JOSE M. LUZON NOGUE Y DIEGO RUIZ MATA

En el mes de diciembre de 1967 nos fue encomendada por la Compañía Española de Minas de Riotinto la tarea de supervisar los trabajos realizados en aquellas minas, junto al lugar en que se encuentra uno de los poblados mineros de época romana más interesantes de la región. La razón primordial por la que se requería nuestro asesoramiento, era el hecho de que se estaban llevando a cabo enormes trabajos de ensanche en las cortas ya existentes, y era de esperar que saliesen a la luz nuevos restos de interés arqueológico. En algunas ocasiones el hallazgo casual nos ha hecho imposible la excavación sistemática del lugar; en otras, por el contrario, fuimos avisados con la antelación suficiente por parte de los ingenieros, y pudimos hacer, gracias a la incondicional ayuda de la empresa, la prospecciones arqueológicas que consideramos oportunas.

Las antiguas poblaciones mineras de la región de Huelva.

A primera vista puede parecer extraño el hecho de que nos sea prácticamente imposible la identificación de los poblados mineros de esta región, con los nombres que nos han llegado a través de escritores como Plinio, Pomponio Mela, Ptolomeo y otras fuentes de tanto valor como el Itinerario Antoniniano o la numismática. Sin embargo, se da una circunstancia que nos hace perder la esperanza de reconocer, en los nombres actuales de las minas, cualquier topónimo conocido de época romana. Ello se debe a que zonas mineras tan ricas en metales como Sotiel Coronada, Tharsis y Riotinto son absolutamente estériles en lo que se refiere a ganadería o agricultura. Este hecho hizo que fueran total-

mente abandonadas aquellas comarcas que, al dejar de explotarse sus minas a mediados del siglo V de nuestra Era, no pudieron ofrecer otra riqueza a sus habitantes. Por tal motivo no hay en Tharsis los más mínimos vestigios de población hasta el siglo XVIII, fecha en que se reanudan los trabajos. En Riotinto, con la única excepción de unas insignificantes viviendas almohades de carácter defensivo, no aparece una población estable hasta el siglo XVII. Por ello, cuando hace tres siglos surgieron los primeros exploradores de minas perdidas, se dan hechos como el que nos cuenta Ernesto Deligny¹ de que a su llegada a las actuales minas de Tharsis hubo él de bautizarlas con este nombre sugestivo, fruto más o menos de su fantasía.²

Al revés de los pueblos y lugares exclusivamente mineros, cuyo nombre se olvida al producirse el abandono de las explotaciones, existen en la provincia otros centros urbanos, de economía agrícola o ganadera, que pudieron subsistir y conservar de este modo el nombre que tuvieron en época romana. Este es el caso de Aroche, antigua *Arucci*, cuya sierra favorece de forma especial la ganadería porcina, y el de Niebla, antigua *Ilipla*, centro de una rica región agrícola y que en la actualidad se ha visto desplazada y desprovista de su antiguo rango por la moderna Palma del Condado. Otro tanto ocurre con Huelva, puerto exportador de riquezas metálicas desde la antigüedad, que, al cierre de las minas, pudo subsistir gracias a la pesca y albergar una población más o menos numerosa que ha conservado, a lo largo de las edades Media y Moderna, su antiguo nombre de *Onuba*.

Este mismo motivo pensamos que pudo ser la causa de que se perdiera ya en la antigüedad todo nombre o vestigio referente a Tartessós, puesto que se observa en casi todas las minas una explotación prerromana en gran escala, pero muy distanciada cronológicamente de los trabajos romanos de los siglos I y II de nuestra era. No olvidemos que si existió, como efectivamente confirma la Arqueología y los trabajos que llevamos realizados, una metalurgia de considerables proporciones contemporánea de las colonizaciones griega y púnica, no debió tener como único fin la satisfacción de las necesidades de los pueblos indígenas, cuya demanda debió ser relativamente pequeña, sino el comercio en gran escala a través de ese emporio que los griegos llamaron Tartessós. Esta primera explotación cesó de forma paulatina y llegó a estar parada

1. E. Deligny, *Apuntes históricos sobre las minas cobrizas de la sierra de Tharsis*, reimpresso en Glasgow, 1953.

2. Deligny quiere explicarlo diciendo que un pastor llamaba a los montes vecinos *Sierra de Tarse*.

de una manera total durante tres o cuatro siglos, hasta que una economía como la romana pudo hacer rentable la reanudación de los trabajos.³

Visto, pues, el posible motivo de la pérdida de nombres antiguos en las minas que actualmente conocemos con otros de época reciente, haremos una breve mención de los nombres que nos han llegado de la antigüedad, y que se refieren a posibles centros mineros de esta región que vamos a estudiar.

La fuente más importante de los nombres antiguos que nos interesan la constituyen sin duda Plinio y Ptolomeo. A través de estos autores conocemos la existencia de un nutrido conjunto de núcleos de población en la zona que ellos denominan *Baeturia Celtica*. El hecho de que no conozcamos su actual localización es uno de los motivos que nos hacen sospechar que se trataría de centros industriales cuya memoria se perdió con el cese total de los trabajos minero-metalúrgicos. Entre estos nombres sin identificar están *Vama*, *Urium*, *Lastigi* y *Olontigi*.

De *Vama*, ciudad que sitúa Ptolomeo⁴ entre los grados 6'15 y 38'25, apareció un epígrafe en Salvatierra de los Barros,⁵ pero dado el carácter funerario de la inscripción, no podemos utilizarlo como elemento seguro para ubicar en aquellos parajes la ciudad del geógrafo griego. En época reciente se ha querido identificar esta ciudad con el actual Paimogo, concretamente con las ruinas que llaman de Paimoguillo el Viejo, pero nosotros hemos visitado el lugar y no nos parece que aquellas ruinas sean demasiado importantes.

Por lo que se refiere tanto a *Lastigi* como a *Olontigi*, tenemos noticias de ellas a través de Plinio, que las menciona después de hablar del convento astigitano: *Ab ora venienti, prope Maenobam amnem et ipsum navigabilem, haud procul accolunt Olontigi, Laelia, Lastigi*.⁶ También Pomponio Mela habla de *Olontigi*: *Tum sinus alter usque ad finem provinciae inflectur, eumque parva oppida Olontigi, Onuba, Laepa, contingunt*.⁷

Pero sin duda la ciudad de más interés para nosotros es *Urium*, nombre con el que se conocía al río Tinto,⁸ y que aparece en Ptolomeo aplicado a una ciudad de la *Baeturia Celticorum* entre los grados 5'40

3. J. M. Luzón, «Tartessos y la Ría de Huelva», *Zephyrus* XIII (1962), pág. 100.

4. Ptolomeo, II, 4, 11.

5. C.I.L. II, 989.

6. Plinio, III, 1.

7. Mela, III, 1.

8. Plinio III, 10.

y 38'20.⁹ Tradicionalmente se ha identificado esta ciudad con las Minas de Riotinto,¹⁰ reduciéndola a las ruinas visibles de un importante centro de población (concretamente el que ahora hemos venido a excavar) vecino a la actual aldea de la Dehesa. Nosotros hemos estudiado detenidamente los datos de Ptolomeo y, después de reconstruir el mapa de la Beturia Céltica, podemos admitir como posible esta identificación. Efectivamente, la ciudad que nos interesa se hallaba al norte de Huelva, a la misma latitud de Itálica, y equidistante de ambas ciudades.

La epigrafía de la zona minera no aporta ningún dato que nos ayude a esclarecer esta cuestión tan fundamental de los topónimos. Sin embargo nos confirma la existencia de dos ciudades bastante apartadas de la región: *Talábriga*¹¹ y *Novaugusta*,¹² nombres que aparecen documentados en forma epigráfica por vez primera.

Una fuente, también de gran valor, merced a la cual podemos reconocer algunos nombres de ciudades en la región onubense, es la numismática. La primera ceca que nos interesa es *Olont*,¹³ que pudiera identificarse como *Olontigi*, dado que las monedas de este centro suelen aparecer en la cuenca baja del Guadiamar, es decir, el *Maenoba* de Plinio.¹⁴

Otro topónimo que conocemos merced a los hallazgos numismáticos de la región minera es *Ost.Ur*, nombre que se ha discutido mucho y ha dado lugar a diversas interpretaciones. Delgado¹⁵ rechaza las lecturas *Ostippo Urbs* y *Ostia Urium*, y se muestra partidario de una ciudad de nombre *Osturium* que estaría en las proximidades de El Andévalo, región en la que los hallazgos monetarios de este tipo parecen ser más numerosos.

En el mapa de explotaciones mineras antiguas en la provincia de Huelva, pueden contarse hasta más de treinta minas actuales en las que los trabajos romanos y prerromanos alcanzaron grandes proporciones. Alguna de ellas, como Tharsis, Riotinto, Sotiel Coronada, etc., son nombres que suenan en el mundo de la arqueología. Otros, como Cabeza de los Pastos, Sierra de Tejada o Cueva de la Mora, son totalmente desco-

9. Ptolomeo, II, 4, 10.

10. Rodrigo Caro, *Antigüedades de Sevilla*, pág. 89; Agustín de Mora, *Huelva Ilustrada*, Cap. I, pág. 4; A. Delgado, *Medallas autónomas de España*, II, 264.

11. O. Davies, *Roman Mines in Europe*, Oxford, 1935, pág. 128, y Alves Pereira, «Situação conjectural de Talábriga», *O Arqueólogo Português*, XII, pág. 141.

12. A. Blanco, «Antigüedades de Riotinto», *Zephyrus*, XIII (1962), pág. 43.

13. En la colección numismática de la Compañía Española de Minas de Riotinto existen varias monedas de esta ceca. Lo común, sin embargo, es que aparezcan en la zona suroriental de la provincia de Huelva.

14. Plinio, III, 1.

15. A. Delgado, op. cit., II, 263.

nocidos a pesar de la enorme cantidad de galerías antiguas y la abundancia de escoriales de épocas romana y prerromana. En Cabeza de los Pastos existen hasta trescientos pozos romanos de prospección, y en Sierra de Tejada las mazas de piedra empleadas por los mineros antiguos, aparecen en tal cantidad, que para el museillo de la Compañía de Riotinto se han podido reunir, sin ninguna dificultad, más de cien ejemplares, procedentes de un paraje conocido con el nombre de «Cañada de Colón».

El redescubrimiento moderno de las minas de Riotinto.

Después del abandono total de las minas a mediados del siglo V de J. C., según se desprende de los hallazgos numismáticos, no hay noticias de explotación en ninguna de ellas hasta época moderna.

La historiografía árabe proporciona algunos datos muy escasos acerca de la actividad minero-metalúrgica en Almadén, pero no hace mención de las minas piríticas de Huelva. Solamente en el Cerro Salomón (Minas de Riotinto) existen vestigios de una pequeña comunidad almohade que quizás practicase una metalurgia de reducidas proporciones.¹⁶

Durante la Baja Edad Media las minas onubenses comienzan a despertar de su letargo y se extrae la caparrosa para utilizarla en la elaboración de tintes. Finalmente, la primera noticia que tenemos sobre el propósito de reapertura de una de ellas, se debe al clérigo de Madrid Diego Delgado en un informe redactado en 1565.¹⁷ Este Diego Delgado fue a visitar la minas en «los términos comarcales de Zalamea la Vieja» por orden de don Francisco de Mendoza,¹⁸ y, en agosto de 1556, redacta en la villa de Aracena una relación en la que se recogen datos bastante precisos acerca del estado en que se encontraban las minas abandonadas.

Entre los datos que nos transmite merece destacarse una breve descripción de las cuevas del Tabaco y del Lago. La cueva del Tabaco (Fig. 1) la describe en los siguientes términos: «Esta cueva tiene desde la entrada hasta la frontera setenta pasos, y de traviesa, ochenta y más; su altura como una iglesia, y así está como un bóveda».¹⁹ El interés que tienen estas dos enormes cuevas para nosotros es que en ellas se localizaron las más antiguas labores mineras de Riotinto, debido a que

16. A. Blanco, art. cit., pág. 31.

17. Delgado en Rúa Figueroa, *Ensayo Histórico sobre las Minas de Riotinto*, Madrid, 1952, pág. 120.

18. Esta comisión fue motivada por la euforia que produjo el descubrimiento de Guadalcanal. Por ello se despliega una gran actividad de prospecciones de minas antiguas.

19. Delgado en Rúa Figueroa, op. cit., pág. 119.

la zona de enriquecimiento secundario quedaba al descubierto. Además, en la cueva del Lago se daba la circunstancia de nacer el río Tinto.²⁰ El interés que tienen estas dos descripciones yace en el hecho de que ambas cuevas han desaparecido con la actual explotación a cielo abierto.²¹

También se hace alusión en el informe antes mencionado, a las ruinas antiguas existentes en la parte más alta del cerro Salomón. Allí hemos realizado algunas excavaciones, anteriores a las que vamos a describir, cuyo resultado ha sido la localización de una comunidad indígena de individuos dedicados a la metalurgia y relacionados comercialmente con las poblaciones fenicias de la costa. También hay restos de una construcción hecha a base de sillares de piedra, que debió ser, a juzgar por ciertos ídolos célticos allí encontrados, un lugar de culto en época romana. Esta cumbre llamó la atención del padre Delgado en el siglo XVI, y comenta así ciertas excavaciones practicadas por él y que fueron sin duda los primeros trabajos arqueológicos que se hicieron en Riotinto: «Recogiendonos a nuestro cuartel, hallamos en un cerro, en lo más alto, una señal de edificio; allí mandamos cavar, y a más de un estado hallose cierto plomo, por donde conocimos que pues los antiguos tenían y trataban en plomos, que su fin era aprovecharse en plata».

«Preguntando a muchas gentes antiguas y viejas que habían oído decir de aquellos edificios tan antiguos, respondieron que habían oído decir que España solía antiguamente dar a los romanos ciertos talentos de oro y plata en tributo, y de allí lo llevaban y no sabían más».²²

Durante la segunda mitad del siglo XVI y a todo lo largo del XVII se continúa mandando expertos a las minas onubenses con objeto de estudiar la posibilidad de su reapertura. Pero la fuerte tasa que suponía el pago del «quinto real», y el descubrimiento de minas en los virreinos de Nueva España y Nueva Granada, donde la mano de obra resultaba más económica en virtud de los «repartimientos» y del sistema de la «mita», impidieron la reanudación de los trabajos en los riquísimos criaderos onubenses.

Desde el punto de vista de información arqueológica merece destacarse la visita hecha en el siglo XVII por Rodrigo Caro a las minas aban-

20. Delgado, op. cit., la describe: «Así mismo fuimos a ver otra cueva, la cual estaba llena de agua, y salía debajo della un río, el cual se dice Río Tinto».

21. J. M. Luzón, art. cit., pág. 101.

22. Delgado, op. cit., pág. 122.

donadas de Zalamea del Arzobispo.²³ El resultado de esta visita se ve reflejado en la obra del humanista, el cual describe la impresión que le produjeron los enormes escoriales antiguos: «Vense (no sin horror) las cenizas, que por muchas leguas no se pisa otra cosa, y levantados a par de los cerros, montes de escorias».²⁴

Tiene interés esta visita de Rodrigo Caro puesto que es un visitante que no viene movido por la búsqueda de minas, sino que pone mayormente su atención en los restos antiguos. Es esta, por consiguiente, la primera visita a las minas onubenses, que se ve inspirada por móviles de tipo histórico. A pesar de todo, el único dato interesante que aporta en su obra es la noticia de que ya en el siglo XVII se hablaba de «Castillo viejo de Salomón» en las minas de Riotinto.

Durante la primera mitad del siglo XVIII son enviados por la Corona algunos expertos, que reflejan siempre en sus informes el asombro que les produce ver los restos de tan grandes industrias en el pasado. De estos informes el más interesante es el de R. Shee, fechado en marzo de 1726.²⁵ Este enviado especial fue recogiendo monedas antiguas que le ofrecían los pastores en las inmediaciones de Cazalla, Galaroza, Riotinto y Aracena, detalle del que da cuenta en su informe con bastante precisión.

El primer trabajo de tipo histórico sobre las explotaciones antiguas en la región minera de Huelva se debe a la pluma del que era administrador en 1782 en las recién descubiertas minas de Riotinto.²⁶ En esta fecha apareció en el filón de Planes, dentro de una galería y fija a unos soportes de madera, una lámina de bronce con inscripción dedicada a Nerva por el *procurator* de las minas *Pudens*, liberto del Emperador.²⁷

En el siglo XIX merece atención un libro publicado en inglés por Richard Ford, un viajero británico, que hace una recopilación de curiosidades históricas onubenses, y visitó una buena parte de sus minas.²⁸

23. Obsérvese que, poco menos de un siglo después de la visita del Padre Delgado, ya no se habla de Zalamea la Vieja, sino Zalamea del Arzobispo. También Rodrigo Caro habla ya del Cerro Salomón, topónimo que desconoció el comisionado de Francisco de Mendoza en su informe.

24. Rodrigo Caro, op. cit., pág. 66.

25. Rúa Figueroa, op. cit., pág. 154.

26. T. Sanz, *Memoria antigua de romanos nuevamente descubierta e ilustrada por un curioso sevillano*. M. S. en los archivos de la Compañía Española de Minas de Riotinto, copia del manuscrito original que se hallaba en la biblioteca del Sr. Burgos, en Moguer.

27. Después de hacer averiguaciones sobre el actual paradero de la inscripción, publicada ya en el C.I.L. II, 956, hemos podido hallar la mitad superior en la sala VI del Museo Arqueológico Nacional. El texto completo, según Sanz, era el siguiente: *Imperator(i) Nervae Caesari A(u)g(usto)/Pontifici Maximo Tr(ibunicia)/Potest(ate) P(atr)i P(atriciae) Co(n)s(uli) III/Aug(usto) IIII Pudens Aug(usti) Lib(ertus)/Procurator(de) suo posuit.*

28. R. Ford, *A handbook for travellers in Spain*, Londres, 1845.

A mediados de siglo se hacen una serie de publicaciones, en las que no se aporta nada nuevo, debidas a la pluma de ingenieros que trabajan en las minas, como son Ezquerria del Bayo²⁹ y Anciola-Cossío,³⁰ o de algún explorador del tipo de Deligny.³¹ Finalmente aparece en 1859 una de las obras que podemos considerar clásicas en el campo de la historia de la minería española: *Ensayo sobre la Historia de las Minas de Rio Tinto*, por Ramón Rúa Figueroa. En ella, junto con los errores históricos propios de la época, el autor nos facilita una gran cantidad de datos de enorme interés, que son fruto de sus experiencias a lo largo de muchos años de trabajo por toda la cuenca minera.

Dada la escasez de publicaciones sobre este tema, Rúa Figueroa tuvo que elaborar la mayor parte de su obra a base de observaciones personales, y lo hizo con tanto acierto que su obra continúa siendo el pilar básico de la historia de la minería onubense.

Inspirado quizá por la obra del anterior, al que cita frecuentemente, aparece el segundo trabajo importante para el estudio de las antiguas minas de Huelva. Esta vez es obra de Gonzalo y Tarín,³² un ingeniero que anotó pacientemente todas y cada una de las minas en que tuvo noticias de restos antiguos, y da cuenta detallada de ellos en su obra. Gracias a esta información, de hace casi cien años, hemos podido nosotros orientar nuestras visitas a las minas de Huelva y confeccionar el mapa de trabajos mineros en la antigüedad.

Con el cambio del siglo las minas españolas en general, y las del suroeste en particular, comienzan a pasar a manos de compañías extranjeras. De esta forma el interés despertado en los nuevos ingenieros por el hallazgo de galerías antiguas, aparatos y utensilios antiguos, se ve reflejado en numerosas publicaciones extranjeras.³³

Hay que hacer destacar el interés despertado hacia la historia de la minería en la región de piritas del suroeste, por el hallazgo de las tablas de Aljustrel. Con este importante descubrimiento se inicia una serie de trabajos, unas veces de carácter meramente jurídico y otras

29. Ezquerria del Bayo, *Memoria sobre las minas de Rio Tinto*, Madrid, 1852.

30. Anciola-Cossío, *Memoria sobre las minas de Riotinto*, Madrid, 1856.

31. Ernesto Deligny, art. cit.

32. J. Gonzalo y Tarín, *Memorias de la comisión del mapa geológico de España, provincia de Huelva*, Madrid, 1836-88.

33. Como ejemplos pueden citarse: Delaunay, «L'industrie du cuivre dans la région d'Huelva», *Annales des Mines*, XVI, 1889, y Engel, «Godet de noria provenant des mines de Coronada (Huelva)», *Bulletin Historique* (1899).

de tipo técnico,³⁴ continuada aún en nuestros días. Las tablas de Aljustrel constituyen una fuente de información sin precedentes para el estudio de la minería romana. A pesar de todo hay que mirarlas con ciertas reservas, por lo que a las minas de Riotinto se refiere, puesto que la *Lex Metalli Vipascensis* estaba en vigor en la vecina provincia de Lusitania, pero sería imprudente —como dice Thouvenot³⁵— trasplantar sin más a una provincia senatorial un conjunto de leyes que estaba en vigor en dominios imperiales.

Entrado ya el siglo XX aparecen importantes trabajos dentro de la bibliografía inglesa, como son los de W. Nash,³⁶ lleno de información, que de otro modo se hubiera perdido, sobre la reapertura de galerías romanas, y H. Sandars,³⁷ que reunió en un extenso artículo gran cantidad de grabados y fotografías de hallazgos romanos procedentes de la región minera de Huelva. Finalmente, junto con los dos trabajos anteriores, podemos mencionar otro de T. A. Rickardt, pero que no aporta en realidad nada nuevo a lo ya conocido.³⁸

Recientemente son muy pocos los datos que se han aportado a la cuestión de la minería romana en la Bética. Citaremos entre ellos el artículo de Gossé.³⁹

Esporádicamente siguen apareciendo noticias que tienen relación con el estudio de las antiguas minas de Huelva. Una de estas se refiere al hallazgo de un lingote de cobre encontrado en el puerto de Marsella con la inscripción: *M. P. Nomi/Primuli et Silonis/CCXCVI/Pro. Col. Ono/bensis*.⁴⁰

Campaña de excavación en las proximidades de La Dehesa.

Entre los numerosos puntos de la zona minera de Riotinto en que aparecen visibles los restos de poblaciones romanas, el más extenso, y por consiguiente el que hubo de corresponder a la población de mayor envergadura, es el llano del actual campo de golf, próximo a la aldea de La Dehesa. En este lugar se están llevando a cabo con gran actividad y

34. Sobre la bibliografía relativa a estas tablas, consúltese la obra de A. D'Ors, *Epigrafía Jurídica de la España romana*.

35. Thouvenot, *Essai sur la province Romaine de la Bétique*, París, 1940, pág. 263.

36. W. Nash, *The Rio Tinto mine, its history and romance*, Londres, 1904.

37. H. Sandars, «The Linares bas-relief and roman mining operations in Baetica», *Archaeologia*, LIX, Londres, 1905, 2.ª serie, n.º 9, págs. 311 y ss.

38. T. A. Rickardt, «The mining of the Romans in Spain», *J.R.S.*, 1928, págs. 129 y ss.

39. Gossé, «Las minas y el arte minero de España en la antigüedad», *Ampurias*, 1942.

40. F. Benoit, «Nouvelles épaves de Provence (III)», *Gallia*, XX (1962), fasc. 1, págs. 154 y ss.

un fabuloso despliegue de medios técnicos, los trabajos de ensanche de las cortas existentes. Por este motivo decidimos realizar algunas campañas de excavación con carácter de urgencia, a fin de salvar lo más posible de aquellos restos que iban a ser irremisiblemente destruidos.

El solar es llano, con algunas elevaciones de escasa altura. Antes de nuestra excavación se habían hallado con frecuencia restos romanos de diversa índole: cerámica, monedas, inscripciones, lingotes de metal, etcétera. Sobre el mismo terreno se veían hileras de piedras que nos parecieron muros —como efectivamente vimos más tarde—, abundantes restos de cerámica, tégulas y otros indicios evidentes de haber sido el solar donde se alzó una población de época romana.

El lugar se nos mostraba extenso, y con ello el primer problema: escoger un punto adecuado para efectuar la excavación. Ante esta perspectiva, trazamos una cuadrícula de 5 × 5 metros y nos dispusimos a avanzar en profundidad con el fin de determinar la potencia del yacimiento y la estratigrafía. Esta cuadrícula la hicimos en una de las cotas más altas de aquella llanura, porque se veían en superficie restos de un muro hecho con sillares de «gossan». ⁴¹ A los 20 centímetros de profundidad pudimos comprobar que los muros estaban desprovistos de cimientos y habían sido hechos con materiales procedentes de construcciones anteriores. Proseguimos el avance de nuestros trabajos y observamos inmediatamente que nos encontrábamos sobre un montón de escorias vertidas allí en una fecha anterior a la construcción de las casas.

Las escorias debieron constituir para el minero romano un problema de gran envergadura, ya que fueron muchos millones de toneladas producidos a lo largo de los varios siglos que duró la explotación. En algunas ocasiones fue tan difícil encontrar un lugar adecuado para emplearlo como vaciadero, que hubieron de arrojarlas sobre las mismas viviendas, pues era más fácil construir una vivienda nueva sobre aquel montón de escorias, que transportarlas a barrancos y vaciaderos demasiado alejados. Un ejemplo gráfico de casas enterradas de esta forma lo tenemos en la figura 2 donde se ven muros, que llegan a medir hasta tres metros de altura, puestos al descubierto en 1937 al mover una gran masa de escorias para ser empleada en el firme de las carreteras.

A pesar de que el terreno no se prestaba a ello, continuamos profundizando en la cuadrícula anteriormente citada. Unos 50 centímetros

41. Piedra local teñida de rojo a causa del óxido de hierro.

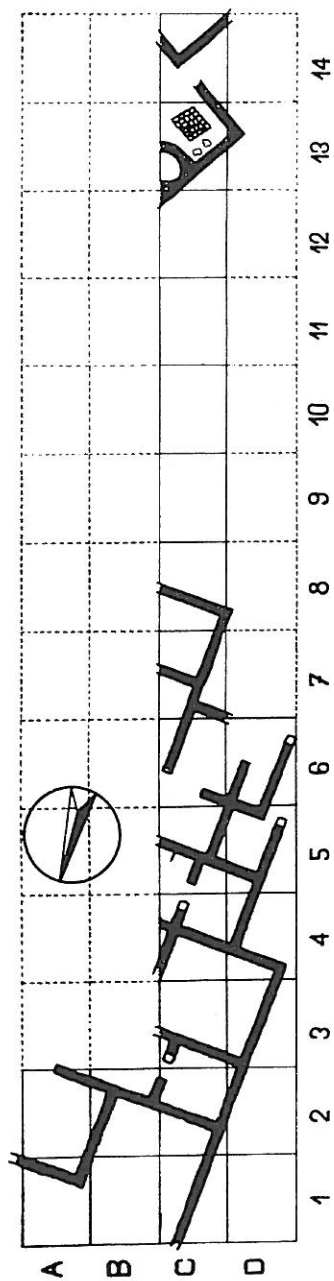


Fig. 5. Plano de las excavaciones.

más abajo, comenzamos a dar con una gran vasija de barro, cubierta por una losa de pizarra (Fig. 3), colocada allí como depósito de líquidos o algún otro fin que a nosotros se nos escapa. Entre los escombros y restos que rodeaban a la vasija, encontramos un as de cobre muy deteriorado de época Julioclaudia. Dada las dificultades que presentaba, tanto picar como palear las escorias, decidimos excavar solamente la superficie del terreno en la mayor extensión que nos fuera posible. Para ello trazamos una serie de cuadrículas de 5×4 en una longitud de setenta metros (Figs. 4 y 5).

Desde el comienzo de nuestros trabajos, empezaron a salir muros construidos con escorias de superficies más o menos planas, trabadas con barro. Arrancaban directamente del suelo sin cimiento ni cama de ninguna clase. La anchura en todos ellos es de 0,50 metros y las paredes están trazadas a plomo y su planta a cordel, con esquinas en ángulo recto para las que se emplearon grandes bloques de pizarra. Se nota en las casas una orientación norte-sur de los muros, que corresponde sin duda a una planificación urbana perfectamente estudiada.

En alguna de las habitaciones hallamos restos de pavimentos de pizarra, pero en general tienen todas el carácter de viviendas pobres, sin ornamentos ni pretensiones de tipo arquitectónico. No es posible decir nada del plano completo de una de estas viviendas, ya que hubiera sido necesario para ello ampliar aún más la zona excavada, cosa que no hemos podido hacer en una campaña de tan breve duración.

Como es de esperar, casas asentadas sobre unas escorias que se fechan en el siglo I de nuestra Era, deben corresponder a un momento bastante tardío de la ocupación romana de las minas. En consonancia con esto están los escasos restos de cerámica muy triturada que sacamos en el curso de la excavación, así como las siguientes piezas útiles para establecer la cronología de las casas:

a) Un pequeño bronce de Claudio Gótico (268-270) con los bordes y la leyenda muy deteriorados. En el anverso, cabeza radiada del emperador a la derecha. En el reverso, un altar y la leyenda (CONSEC)RATIO.⁴²

b) Fondo de un recipiente de *terra sigillata* de la forma Dragendorf 15-17 con la marca de alfarero OF SEMPR (Fig. 6), conocida por otros hallazgos en la región del Valle del Guadalquivir: Almodóvar, Sevilla, Itálica, etc. La cronología que dan a esta forma en las excavaciones de

42. Cohen, V-52.

Pamplona (siglos III y IV)⁴³ corresponde a la que obtenemos nosotros en Riotinto.

c) Fíbula de bronce con el puente plano y una decoración consistente en minúsculo ajedrezado de esmalte rojo y blanco. Como el resto de los materiales, esta pieza puede fecharse en los siglos III-IV d. C. (Fig. 7).

Con los anteriores elementos a la vista podemos suponer que en un momento del siglo III se construye sobre los escoriales de Riotinto una población que va a ser testigo de la última gran explotación de las minas. Esta explotación perdura quizá hasta bien entrado el siglo IV d. C., y ya teníamos ciertas noticias de ella por los hallazgos numismáticos.

Pese a que el lugar escogido para la excavación nos ofrecía la dificultad de las escorias, hemos podido en ella aclarar la existencia de un capítulo importante en la historia de las explotaciones mineras de Riotinto durante los últimos momentos de la ocupación romana.

Un hallazgo casual después de las excavaciones.

Una vez finalizadas nuestras excavaciones, se produjo el hallazgo fortuito de una tumba en la necrópolis de La Dehesa al hacer una carretera. Se trata de un enterramiento de incineración rodeado de un muro de sillares y cubierto con una gran losa de pizarra perforada en el centro. Lo más interesante es la inscripción en una losa de mármol de 0,35 m. de altura por 0,40 m. de ancho. Su texto, en caracteres del siglo II, es el siguiente (Fig. 8):

D. M. S.
L. IVLIVS. REB
VRRINVS. OLIS(i)P
AN. XLI. H.S.E.S.T.T.L.
FORTVNATA. CON
TVBERNALIS.F.C

Los *Reburrini* mencionados en otras inscripciones funerarias suelen dedicarse al oficio de alfareros.⁴⁴ Por ello no sería aventurado suponer que este *Lucius Iulius Reburrinus* sea el alfarero L.I.R. de las lucernas

43. M. A. Mezquiriz, *Terra Sigillata Hispánica*, Valencia, 1961, pág. 55.

mineras,⁴⁵ no sólo por la coincidencia de iniciales, sino por la cronología.

Sabemos, por tanto, de este individuo, que nació en *Olisipo*; que pertenecía a una familia de alfareros; que vino hacia el cambio de siglo a establecerse en las minas de Riotinto. Allí mantuvo una relación de contubernio con la esclava que construye la sepultura. Murió posiblemente en época de Adriano, después de haber llevado a cabo una intensa actividad como fabricante de lucernas, no sólo para la localidad en que residía, sino incluso para otras minas tan apartadas como las de Cerro Muriano o Aljustrel.

Dentro de la sepultura se encontraron algunos fragmentos de una pieza pequeña de hierro muy oxidada, y un tintero de «terra sigillata» que es el segundo conocido en España.⁴⁶

44. J. Rubio Alija, *Españoles por los caminos del Imperio Romano: Reburus y Reburinus*, Buenos Aires, 1954, pág. 99.

45. J. M. Luzón, «Lucernas mineras de Riotinto», *AEspA* XXXX (1967), pág. 141.

46. M. A. Mezquíriz, op. cit., pág. 70.